

## LOS BAROJA

**H**ABIA pensado muchas veces, en efecto, que la década de 1950 a 1960 sería inexorable, fatal, para los míos, dada la edad que tenían. Pero nunca pensé que de ellos la primera que debía de desaparecer fuera mi madre, mucho más joven que sus hermanos. Muerta ella, las otras muertes debían de sucederse rápidas, sin dejar un respiro al optimismo, a la tranquilidad. A fines de 1953 moría mi tío Ricardo; en 1956, mi tío Pio.

Ahora ya siento que estoy en primera fila ante los golpes de guadaña. Mas, friamente, pienso: «¿Qué más da?». Y aun no sólo pienso esto, sino que creo verdadera la vieja divisa estoica: «muerte, no eres un mal». No eres un mal en ti misma. Eres un mal cuando te ciernes alrededor y haces desaparecer a los seres queridos, cuando te llevas al bueno y dejas al malo, cuando te cebas en la juventud, cuando apareces estúpida, brutalmente en una sociedad confiada. Pero la muerte absoluta, es decir, mi muerte, que es la única que he de sentir sobre el cuerpo, ¿por qué va a ser un mal? Vital es no desearla y huir de ella y yo no me aparto del sentimiento general, más por miedo a todo lo que anda alrededor de la muerte que por otra cosa. Pero cuando pienso fría, serenamente, o al término de una jornada fatigosa, se me ocurre que la eutanasia también es un privilegio y que fue afortunado César al morir como había deseado, de muerte «subitam celeremque». Ninguno de los míos ha muerto con facilidad o de modo imprevisto. Todos han pasado largas horas en espera más o menos consciente, roídos por males lentos en su proceso desintegrador. Y de ellos, el que hubo de morir de modo más trágico, considerada la cosa desde un punto de vista intelectual, fue mi tío Ricardo. Ahora que su muerte fue una serena lección que dio fin a una vida alegre, ligera y a veces desperdiciada paradójicamente.

Un año después de morir mi madre, mi tío Ricardo comenzó a sentir molestias en un borde lateral de la lengua. Pronto se dio cuenta de que



Ricardo y Pio Baroja. Óleo de Daniel Vázquez Díaz (1925)

# MUERTE SOBRE MUERTE

**JULIO CARO BAROJA**

se trataba de un cáncer: un cáncer de los que dicen que suelen tener con mucha frecuencia los fumadores de pipa. El lo era empedernido: apenas dejaba la cachimba un momento. Tenía ya ochenta años y estaba magnífico de cabeza. Recibió con serenidad el diagnóstico y su preocupación mayor fue disimularlo ante su mujer. Pero todos sabíamos lo que pasaba. Se negó a tratarse por los rayos X como le recomendó el doctor Lereboure, amigo suyo y alcalde de Sarre a la sazón, y esperó.

En realidad, desde la muerte de mi madre le invadió una tristeza muy honda, acrecentada por el temor a quedarse ciego, pues notaba que de día a día perdía más vista de su único ojo. Pasó el año 51 regularmente; peor el 52, en que yo apenas fui a Vera, pues tenía que atender en Madrid a mi otro tío, que se conservaba bien de cuerpo, pero que empezaba a tener una gran debilidad cerebral. En el verano de 1953, las cosas tomaron un aspecto más alarmante, malo y se vio que la enfermedad entraba en período crítico.

Mi tío Ricardo vivía alerta. Se daba cuenta de todo lo que pasaba alrededor y pronto vio que el pueblo se ocupaba de un modo harto particular de su persona. Durante años, a nuestra casa no había venido ningún cura. De repente empezaron a menudear las visitas del párroco: con mi tío, las conversaciones eran protocolarias, con su mujer se tocaban fibras más sensibles. Unas veces era la salvación del alma lo que se discutía, otras el escándalo público y hasta la posibilidad de enterrar fuera de sagrado al impenitente. La Iglesia, representada en 1953 por un humilde párroco de pueblo, cambiaba de táctica con relación a 1912. Los tiempos eran otros. Lo que fue fácil a mi abuelo, es decir, morir a su gusto, no le fue posible a su hijo. Pero como para éste lo principal era dar satisfacción a su mujer y a la sobrina de ella, pues les tenía un cariño profundo, un día llamó él mismo al párroco y se vio en Vera recibir los auxilios espirituales al más empedernido anticristiano que ha podido vivir en el País Vasco. Yo, por fortuna, estaba en Madrid. Todas las mujeres del pueblo se volcaron sobre «Itzea» con sus mantillas, exultantes, triunfadoras. Mi tío fue protagonista de una especie de acto público y en un momento dado —como dicen que le ocurrió a Luis XVIII en análoga circunstancia— rectificó unos latines al párroco. Después hubo lloros, abrazos, besos y hasta su miajita de publicidad. Todo el mundo estaba satisfecho, todo el mundo creía haber cumplido con su obligación. El único al que no se pidió su juicio fue al enfermo: éste

fue, sin embargo, el que se sacrificó: indiferente, sonriente en apariencia. Lo que llevaba por dentro yo sí lo sé.

Pocos días después llegué a Vera. Cuando me quedé solo con él, en el cuarto, me dijo: «Ya ves...». Nada más. Yo me callé. Al día siguiente le dije si quería que le leyera algo. Me dijo que sí: «Trae un tomo de Gibbon y el poema de Lucrecia». Durante varias tardes le leí, alternados, trozos del libro V de Lucrecia y los capítulos de Gibbon referentes al cristianismo.

Mi tío Ricardo no había cambiado. Tenía entonces, como siempre, un amor grandísimo por la cultura antigua y consideraba que el cristianismo era una cosa triste y poco interesante.

Aún vivió así desde octubre hasta final del año 1953. Pero cuando murió, yo no estaba en Vera, porque no podía dejar solo a mi tío Pio. Su muerte fue al parecer serena. Sintió un flujo de sangre y le dijo a su mujer: «Este es distinto». Y, en efecto, fue el último que tuvo.

Las circunstancias en que murió mi tío hicieron que mis sentimientos anticlericales se avivaran algo. Entonces incluso pensaba con insistencia que había que ir contra todas las formas actuales del cristianismo, tanto el católico como el protestante, que era necesario también luchar contra los nacionalismos excesivos y la idolatría del poder político. Que había que destruir lo que están inculcando al mundo las grandes potencias del siglo y olvidar lo que le enseñaron las de la época inmediatamente anterior. La vida del hombre —pensaba— es más que todo lo que nos enseñan los políticos o no es nada. Me aferraba a los presocráticos y a los sistemas morales creados en el mundo helénico. He aquí lo que convenía más a mi ánimo allá a fines del año 1953, cuando recibía las noticias del pueblo, las llamadas telefónicas de los periodistas que querían apuntar el tanto, las observaciones impertinentes de algunos hombres de izquierda, que tenían a sus hijitos e hijitas bien casados por la Iglesia y que estaban dispuestos a llamar al cura al menor síntoma de enfermedad.

«Itzea» quedó vacía casi, desde hacía mucho tiempo, por vez primera. La viuda de mi tío se fue a vivir con su sobrina carnal a Logroño. Era una ruina. Nuestra vieja muchacha, Julia, que ya era otra ruina también, persistió en quedarse para mal de la casa. Pero no hubo medio de disuadirla, así es que durante los largos inviernos hasta 1958 vivió allí como un fantasma absurdo. En 1958, al morir la viuda de mi tío Ricardo, en

Julio Caro Baroja (hijo del editor Caro Raggio y sobrino de Ricardo y Pío Baroja) ha escrito un libro de memorias — "Los Baroja" — editado por Taurus. Pío Baroja ocupa, lógicamente, un importante papel en este libro. Nadie como Julio Caro vivió tan de cerca los últimos años de don Pío, aquellos en que el escritor iniciaba la última vuelta del camino. Por eso nos ha parecido oportuno, en este año del centenario, ofrecer como prólogo un capítulo del libro donde se narra la muerte de Pío Baroja contada por quien mejor le conoció.

San Sebastián, fui a Vera en pleno invierno con mi hermano y la encontré poco menos que moribunda. A la fuerza la hospitalizamos y así vivió, bien atendida, aunque inválida, en el hospital de Vera, otros diez años.

El verano de 1953, después de muchos veranos de no haber estado allí, estuve con el único superviviente de los hermanos Baroja, el más famoso de todos ellos, en Vera. Fue aquel como un compás de espera entre tanta zozobra. Mi tío Pío había perdido casi la memoria. Tenía una arteriosclerosis que le impedía trabajar y había que vigilarle mucho para que no hiciera cosas peligrosas. Por lo demás era un viejo jovial, con magnífica vista, oído finísimo, olfato exageradamente sensible y un apetito estupendo. Para reír y para comer estaba siempre dispuesto, aunque desde un punto de vista intelectual siguiera siendo pesimista y dijera que todo era una *m...*

Los primeros días que estuvimos en «Itzea» con una criada extremeña, rabajuela, abultada, mal encarada y dada a los hombres de modo excesivo, los pasó muy a gusto, revolviendo papeles, desordenando y descabalando todo lo que le cayó a mano y dando algún pascillo conmigo por la tarde, aunque ya se cansaba pronto.

Pero allá para mediados de julio le pareció que llevábamos mucho tiempo en Vera y de una manera fija se empeñó en que ya estábamos en otoño y que había que volver a Madrid, porque pronto se echaría el frío encima, acortarian los días, etc., etc. «Itzea» le empezaba a aburrir y echaba de menos la tertulia de Madrid. Durante mes y pico estuve convenciendo, día tras día, de que aún no era el otoño, y al final había que recurrir a grandes argucias para hacer la demostración. La venida de Arteta y alguna otra visita sirvieron para retenerle, y cuando iniciamos el viaje de regreso, mi tío iba más alegre que unas castañuelas, pero con la cabeza muy perdida.

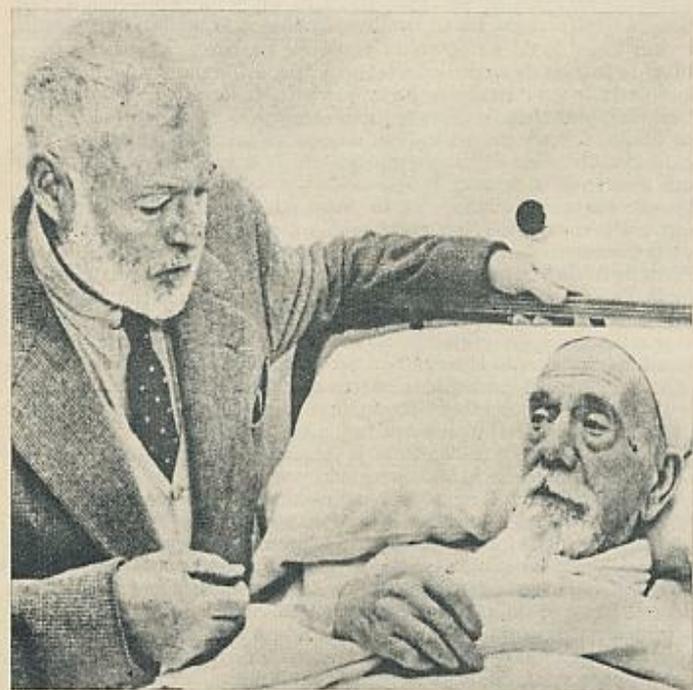
En Madrid hube de resolver nuevos conflictos domésticos. La extremeña cada vez escandalizaba más a la vecindad, como también la había escandalizado en Vera, por su devaneo. Alguien me contó que cuando yo salía de casa, y aprovechándose del estado de mi tío, introducía a un hombre o varios en casa, e incluso les daba hospitalidad nocturna. Cuando se lo dije a mi tío se encogió de hombros y me replicó: «Si cumple en la cocina, ¿qué importa?». Pero yo tenía mis razones para pensar de otro modo, y el portero — como representante de la autoridad casera — presentó una especie de ultimátum. Llamé a la culpable y la dije que tenía que irse en plazo perentorio. A la vez empecé mis gestiones para buscar sustituta. Y en verdad que tuve una suerte enorme en aquella coyuntura, tan poco apta para desarrollar talentos científicos, literarios y artísticos. Una portera de la calle de Antonio Maura, que, por cierto, era fanática protestante (cosa no tan rara en las clases populares de Madrid como pudiera imaginarse), vino

primero con una mujer gorda y vieja que no me convino. Luego trajo a otra delgada, rubia, ya no joven, pero tampoco vieja, que tenía cierto tipo de vasca, rubia y angulosa. Era, sin embargo, manchega, de la Mancha de Cuenca y criada en Vicalvaro: se llamaba Clementina Téllez. Habló con sencillez y quedamos en que al día siguiente traería sus efectos a casa. Esto era por el día de Todos los Santos de 1954. La entrada de Clementina supuso un adcentamiento total en la vida de dos hombres solteros. Comíamos muy bien, como nunca desde hacía muchos años; andábamos mejor trajeados y la casa funcionaba con un orden casi perfecto. El buen cuidado hizo que mi tío engordara, cosa que a su salud no le favoreció en última instancia. Pasó el invierno feliz, y llegado el comienzo del verano fuimos otra vez a Vera. Aún paseaba conmigo por la carretera y hablaba con algún vecino jovialmente. A veces en el paseo nos encontrábamos a otro señor muy mayor también, don Leonardo Plazas, que siempre le decía al tío lo mismo: que tenían que ir un día juntos a Pamplona, al café Iruña de la plaza del Castillo, donde había un camarero que era gran admirador del tío. A éste, la perspectiva de ir a Pamplona le producía un gran regocijo, y luego repetía: «Si me he encontrado a ese señor viejo que me dice que tenemos que ir juntos... a Pamplona, a Pamplona». Y se reía a carcajadas.

Mi tío, que no sé cuántas veces había estado en Francia desde 1899, solía pensar en sus últimos años que aún le gustaría volver; volver a París sobre todo y revivir sus recuerdos de medio siglo. Sumergirse en la inmensidad de la ciudad y repetir experiencias. A veces me decía (también lo escribió): «Me gustaría volver a oír *Carmen*, por última vez, desde un buen palco». Sin embargo, *Carmen* no había sido de joven su ópera preferida; pero de viejo le encantaba y tarareaba trozos con nostalgia. La música tiene un lado morboso, terrible, y mi tío asociaba todas sus estancias en París con melodías mejores o peores que llegaban a preocuparle. A Juan Echevarría le pasaba igual, y además éste sabía cantar muy bien, acompañándose al piano, romanzas y canciones de la juventud. Mi tío empezaba la serie de recuerdos musicales con canciones de la revolución y sabía las letras de *Ça ira*, *La chanson du départ* y otras guerreras y patrióticas. Tarareaba también la canción de Fabre d'Englatine, *Il pleut, il pleut bergère*, y le gustaba recordar que aquella especie de dibujo de tapicería era obra de un revolucionario. A veces me preguntaba, como si yo pudiera responder, si me acordaba de un cuplé de *La fille de Madame Angot*, de *Miseliète*, de *Coppelia* o de *Les cloches de Corneville*. Yo tenía alguna idea, aunque muy fragmentaria, de este vetusto mundo musical por mi madre. Pero mi tío insistía. ¿Por qué París se le convertía en música, sobre todo popular? La machicha, el can-can, algunas cosas alborotadas de Offenbach, como la marcha de *Orfeo en los infiernos*, la canción de *Le léopard de Batignolles*, se le venían a la memoria, que, en parte, fallaba y le hacía pensar: «¿Oí esto ya en Pamplona, o fue después el año 99 o ya el 13?». Las canciones políticas o de circunstancias tenían lugar en su memoria hasta la guerra del 14. Se acordaba de la marcha del general Boulanger y de los cuplés de la época del viaje de Alfonso XIII a París: *Bien pou-poule* y otros semejantes. Y le chocaba, en fin, la poca agresividad de las que había oído cantar a los soldados en 1939. Sobre todo *Auprès de ma blonde*. Hablaba a menudo de esta falta de agresividad musical y del pesimismo de *Tout va tres bien Madame la Marquise...* como de algo raro. Y yo le recordé también, alguna vez, que el general Laurezac, en el momento de su hábil y famosa retirada de 1914, le había citado a un militar inglés, con sorna trágica, versos de Horacio que dicen poco más o menos esto: «Feliz el que, en vez de estar en el campo de batalla, acaricia los senos de su amante». Los soldados de 1939 pensaban acaso lo mismo. Mi tío no se explicaba la derrota de Francia en 1940; pero creía que las canciones tienen algo que ver con lo de ganar y perder batallas. Yo solía seguir la discusión y sostenía que en España se habían tocado muy buenos pasodobles cuando las guerras de Cuba y de África... pero que no habíamos ganado, a pesar de ellos. Lo injusto, sin embargo, era atribuir a la marcha de *Cádiz* o a *Las voluntarias* los fracasos. Volvía a sus recuerdos musicales y a los primeros años del gramófono. Las canciones de después de la guerra del 14 no le producían tanta nostalgia como las anteriores. En relación con España le pasaba igual. El autor del *Elogio sentimental del acordeón* puede decirse que perdió la conciencia en una especie de retorno melódico a la infancia, a la adolescencia, a la juventud, retorno en el que se mezclaba la canción vascongada, la callejera madrileña o la parisina de las horas de tensión.

Con Clementina en «Itzea» pudimos invitar a comer algún día al doctor Bergareche y a Marañón. Las comidas eran suculentas, pero poco sanas para mi tío. También para mí, que estaba un tanto abotargado. No faltó aquel verano de 1955 algo insólito. Un embajador de Colombia en España, que se llamaba Alzate y Abasdaño, dos apellidos famosos en las guerras de bandos, tuvo la ocurrencia de darle una condecoración y de organizar en Vera, en casa, la entrega. Invité a muchísima gente y allí apareció un buen día con ella. Yo no sé si mi tío se enteró de lo que significaba aquella barandá; pero el caso es que luego andaba con el estuche y la condecoración en la mano preguntándome qué era aquello.

"El fotógrafo sacó la imagen del escritor norteamericano Hemingway sentado junto a mi tío en la cama, con su gorro blanco, sin expresión. Esta imagen ha corrido mucho, y con ella una anécdota. La personalidad de mi tío han procurado ahogarla en un mar de anécdotas".



## MUERTE SOBRE MUERTE

Marañón, que estuvo en la reunión aquella, volvió algún día después y encontró peor al tío. Me dijo que, por lo que pudiera ocurrir, sería mejor que volviéramos a Madrid. Pensando en las dificultades del viaje, alquilé un taxi y, echado en la parte de atrás, lo llevé a la calle de Alarcón sin que se diera mucha cuenta de lo que hacía, pero muy alegre. Apenas llegó, comenzó a mejorar de modo sensible y pasó el otoño bastante bien. Se conoce que la tertulia, los hábitos contraídos en los últimos diez años desde los setenta y uno o setenta y dos a los ochenta y pico, le servían de estímulo.

Fue la época en que murió Ortega. Aunque yo andaba bien escaso de tiempo para ocuparme de algo que ocurriera fuera de casa, el afecto que me había demostrado durante los últimos años me había llegado muy al fondo del corazón. Las noticias que corrieron a comienzos del otoño acerca de su salud eran malísimas. Confirmaban lo previsto el año anterior. Seguía la marcha de la enfermedad como podía, y una tarde, a última hora, fui a verle al sanatorio. Me recibió sentado. Estaba agotadísimo en lo físico, pero con la mirada aún viva, aunque grave, y la sonrisa en los labios. Habló con bastante brío, y recuerdo que tocamos el tema de la raza dinástica. No sé por qué se me ocurrió preguntarle si entre los Gasset no creía que había algún elemento como austríaco o europeo central y me dijo: «Te voy a matar». Así, en broma, siguió un rato hablando. Pero de repente la expresión se hizo grave y nos despedimos. Poco duró tras aquella visita. Cuando murió fui uno de los que bajaron el ataúd del piso donde vivía. Seguí luego la comitiva al cementerio rumiando la idea de que pronto ocurriría en casa algo parecido y que había que estar preparado.

El proceso arteriosclerótico del tío avanzó sensiblemente a fines del año. De noche, de repente, se levantaba con angustias terribles y andaba de un lado al otro. Había que tener dos camas para que hiciera estos traslados condicionados por pesadillas de un cierto tipo. Una noche soñó que le habían puesto a dormir en un sitio muy lóbrego y triste, con lámparas como de templo. Otras, con frecuencia, se levantaba de prisa y obsesionado porque tenía que irse a examinar a San Carlos. El recuerdo de los exámenes con Letamendi o Hernando de hacía sesenta años le perseguía. Al principio yo le quise persuadir de que no había tales exámenes. Esta contradicción le irritaba. Entonces pensé que era mejor inventar algo que siguiera el hilo de la fábula onírica y le decía que habían avisado de San Carlos que los exámenes se habían suspendido porque había grandes alborotos en la calle de Atocha y que los guardias daban cargas de caballería por allí. Esto recordaba lo que yo le había oído contar sobre algunos tumultos, y oyéndolo se quedaba más conforme y hasta alegre: «Bueno, bueno, si es así será cuestión de meterse en la cama otra vez».

A veces dormía de día, y cuando menos se pensaba aparecía con el gorro de dormir y parte de las mantas, espantado por otro sueño, siempre con aire de recuerdo muy remoto. Había que dejarle la puerta del dormitorio abierta, porque en estas huidas forcejeaba angustiosamente si no con picaportes y pestillos. Por fin, un forcejeo de éstos fue el que le causó una caída de consecuencias mortales. Ya en el invierno de 1956 se veía que había perdido el equilibrio. Andaba con dificultad y se cayó varias veces. Pero avanzada la primavera, por mayo, una mañana en que estaba acostado aún, of un gran estruendo en su cuarto. Fui corriendo y le encontré caído, tranquilo, con el armario de luna en que se guardaban sus ropas también medio derrumbado al lado. Se conoce que se había levantado y había empezado a forcejear con la llave, con la idea de sacar algo. El armario cayó hacia adelante y dio con la cama. Levantamos como pudimos todo. Se veía que algo le fallaba en las piernas. Se había fracturado un fémur. Llamé corriendo a los médicos, que diagnosticaron. Algo después de que vieran Val y Vera y Arteta vino Marañón. Hizo un gesto de horror al verle, porque el tío parecía que entraba en coma. Acaso hubiera sido piadoso dejarle morir tranquilo; pero se decidió intentar cuando cabía. Primero se combatió la situación de coma con éxito. Después todos cifraban grandes esperanzas en una intervención quirúrgica enderezaba a componer el fémur. Si no tiene estabilidad y le falla la cabeza, ¿qué se conseguirá con atormentarle con una operación?, me preguntaba yo. Pero mi crítica era personal y me sometí a la dictadura médica. Esta vez la ejerció Arteta. Val y Vera se convirtieron en mero ejecutor de las atenciones cotidianas. Arteta, escogió un cirujano que yo no conocía; teniendo amistad grande con don Plácido González Duarte, me hubiera gustado más confiar en él. Pero dije amén. El cirujano era joven, sin cordialidad ni relación posible con nosotros. Hizo la operación bien, en una clínica del antiguo barrio nuestro, el de Argüelles, en que no había más que enfermeras. En esto sí que intervine con decisión, porque tenía las asechanzas monjiles y otras maniobras envolventes, enderezadas a un único fin, que, según mi criterio, era el de amargar las últimas horas de mi tío y sacar una ventajilla dialéctica, para consuelo de beatas y tartufos. La «asepsia» a este respecto fue total, y mi tío sufrió la operación muy bien. El cirujano la consideró un

gran éxito. También el coro de amigos médicos. El sino de mi tío era —según ellos— poder estar como antes. Buen programa.

Allí, en la clínica de la calle de HHHHHHHHH, pasamos varios días recibiendo visitas. Mi tío vivía en una especie de placidez extraña. Comía bien, canturreaba alguna vez algo y me miraba con mucha atención. A veces me confundía con su hermano. Sabía qué era lo que tenía más cercano, pero la conciencia se le iba desintegrando y el lenguaje le fallaba. Quería expresar algo y le salían de la boca frases extrañas. Una vez, comiendo algo, dijo: «Este pescado tiene buen sonido». Dentro de lo trágico ocurrían cosas cómicas a causa de esta alteración del sentido del idioma. Una tarde llegó a la clínica un médico antiguo admirador del tío que era de estos hombres que siempre están con la sonrisa en los labios y que al menos en público todo lo ven de color de rosa. Me saludó y se acercó al pie de la cama donde estaba el tío: «¡Buenas tardes, don Pío, qué bien le encuentro a usted! ¿Ya me conoce? Ja, ja, ja. ¿Ya me conoce?». Mi tío miraba a otro lado, con severidad. Como si la sonrisa eterna del médico le molestara. Pero de repente se volvió, le miró como con atención y, volviéndose a mí y señalando al médico con la mano, me preguntó: «Oye, eso que hay ahí: ¿es un plato de arroz con leche?». La asociación de la sonrisa de receta con el dulce de receta hubiera sido un hallazgo literario en otra circunstancia. En aquella resultaba terrible prueba de la desintegración.

Volvimos, en fin, a casa, y allí empezó otra fase del desenlace, fase larga, fatigósima para mí. Porque había que atender al enfermo y a los visitantes del enfermo. Había, también, que estar al quite. Clementina Téllez fue mi único soporte fuerte. Era increíble la voluntad que ponía en un servicio penoso. Le ayudaba acaso la idea que tenía de su propia misión, el orgullo de un deber cumplido hasta sus últimas consecuencias. Desde las nueve de la mañana a las diez de la noche se sucedían turnos de personas que venían a velar al enfermo o de visita. Julia Bustinza, K. Joyce y alguna otra señora que venían a vivir la anécdota cotidiana o a departir como cualquier día de tertulia. Entre su actitud y la de la gente que hizo una retirada total de mi casa había un término medio: el de la visita discreta. Pero aquí no estamos para términos medios. Pasó así junio entero; en julio, los veraneos me libraron de alguna servidumbre social. Agosto fue tórrido, pero tranquilo. En septiembre, la zarabanda empezó otra vez. Se formaron grupos, se hicieron cabildos. Mi tío seguía igual. Sin movimiento. El bendito clavo resultaba eficaz como un conjuro mágico. Pero lo malo era la perspectiva del otoño, del enfriamiento de la atmósfera y de las llagas que apuntaban ya como consecuencia de tres meses y pico de cama. La actitud de los médicos cambió. De la jovialidad pasaron a la gravedad. Ahora veían la imagen de la muerte en lontananza. Yo, por mi parte, pensaba que con aquel régimen de vida brutal se me iban a acabar las fuerzas, y deseaba el desenlace de forma que expresé en voz alta y que me valió alguna recriminación. La gente que tenía alrededor, con excepciones honrosas, no veía más que anécdotas y sucedidos que narrar en un hecho terrible. La deformación profesional de los médicos, de los periodistas, de los literatos, etc., etc., gravitaba sobre mi pobre casa de una manera desesperante. En septiembre también se vislumbró otro peligro.

Las ideas de mi tío en punto a religión estaban expresadas en multitud de pasajes de su obra. La fama pública estilizaba y simplificaba lo que de la lectura atenta se puede extraer. Mi tío era no sólo anticlerical, sino anticristiano. Esto le había ocasionado muchas persecuciones de hecho. Sobre todo desde 1936, aunque no fuera republicano o cosa parecida. Conocido es el empeño que se pone en «convertir» y hacer que mueran en el seno de la Iglesia los réprobos. Aquí y fuera de aquí. Un año después de muerto mi tío hubo mucho revuelo en Francia en torno a la muerte de Herriot. Un año antes, en Madrid, se habló más de la cuenta en torno a la de Ortega. Después, en relación con las de Pérez de Ayala y Azorín. Es increíble la significación que se da al hecho de que a la hora de morir un hombre, cuando apenas es ya nada, haga esto o aquello. En la valoración del gesto final, tan cerradas de mollera y primitivas son las gentes de derecha como las de izquierda. Cuando murió mi tío Ricardo hubo en San Sebastián algunos «republicanos históricos» que me dijeron que se habían retraído muchos de los suyos de ir al entierro porque había sido católico. Al entrar mi tío Pío en estado preagónico hubo varios movimientos para obtener que se «reconciliaran». Creo que en las sesiones de la Academia Española, el obispo de Madrid, que nunca se había distinguido por su afecto hacia mi tío, inició alguna gestión: siempre muy indirectamente, a través de la parroquia del barrio. Más grave fue que en casa alguna mujer indiscreta hablara del asunto cuando yo no estaba presente y propusiera realizar una maniobra sin contar conmigo. Un anochecer se me presentó un sacerdote del clero parroquial de los Jerónimos, acompañado de una especie de sacristán, a ofrecer sus servicios. Amablemente hablé con él. A mediados de octubre, las llagas empezaron a alterar la placidez, hasta entonces aparente, del enfermo. Se quejaba. Poco tiempo pasó con molestias, porque, en fin, llegó la pérdida total del conocimiento.



Tumba de Pío Baroja, en el cementerio civil de Madrid.

Antes, en septiembre, tuve el aviso de que Hemingway quería hacerle una visita. Advertí al que me comunicó esto de que el tío no conocía a nadie. Hemingway se presentó con Castillo Puche, que había tenido algún roce conmigo y con mi hermano, y con un fotógrafo. La combinación no me hizo gracia, la verdad. Le pasé al cuarto y estuvo un rato. El fotógrafo sacó la imagen del escritor norteamericano sentado junto a mi tío en la cama, con su gorro blanco, sin expresión. Esta imagen ha corrido mucho, y con ella una anécdota. La personalidad de mi tío han procurado ahogarla en un mar de anécdotas. Casi siempre éstas reflejan más la personalidad del que las inventa que la del objeto de las mismas. Mi tío no se enteró de la visita, como tampoco de que dejó una botella de whisky y una labor de punto. Yo apenas hablé con Hemingway ni con Castillo Puche. Las anécdotas entonces no sólo no me interesaban, sino que me molestaban. Entonces mi preocupación fundamental era que se dejara morir a mi tío tranquilamente. Previendo presiones y amenazas como las que se habían experimentado al morir Ricardo, compré una sepultura en el cementerio civil. En esta diligencia y en otras gestiones y tareas cotidianas fueron de una utilidad y una discreción ejemplares Luis Fernández Casas y José Rico Godoy. En cambio, algún otro contertulio o contertulia se dedicaron a dar la lata con chinchorrerías. Una amiga de mi madre se me quejó un día por teléfono de otro íntimo con el que se llevaba mal. Tuve que colgar diciéndole que la ocasión no era para que me viniera con monsergas. Con los primeros bajones de temperatura, el tío se puso peor. Al fin le sobrevino una pulmonía traumática y se precipitó la muerte sobre él.

Estaba yo en la sala de Alarcón con unos pocos amigos, al caer la tarde del día 30 de octubre, cuando Arteta vino del cuarto, muy conmovido, y me dijo: «Ya». El tío había muerto. Le miré largo rato. Comencé luego a organizar todo lo mucho que se me echaba encima. Decidí que durante la noche se quedarán a velarle unos pocos amigos íntimos, que no se diera paso a nadie más. Pensé también que era mejor que yo me marchara de casa a descansar fuera, por lo mucho que preveía que tendría que bregar al día siguiente, y que Clementina también descansara. Yo me fui ya bastante avanzada la noche a la casa de doña Rosa, la viuda de Ortega, por la que he tenido siempre un gran cariño. Luis Olarra se pasó la noche en vela, silencioso, junto a los restos del tío. Al día siguiente, por la mañana, volví a casa. Lo primero que encontré fue una carta del erudito Rodríguez Moñino, en la que protestaba airadamente de que no se le hubiera dejado subir, junto con otros hombres de letras, a velar al tío. Luego le contesté diciéndole que la ocasión no era como para cultivar la anécdota literaria y que yo tenía motivos para hacer lo que fuera en la más estricta intimidad; que, además, había tenido muchos años para haber venido a visitar al tío en su vejez, sin necesidad de estar en el velorio, al que no habían asistido gran parte de sus contertulios asiduos.

Llegué a casa pronto, para que todo estuviera listo a la hora del entierro. Pronto empezó a llegar gente. El piso se llenó. Pronto también noté que había signos de impaciencia entre damas y caballeros porque no se veía signo alguno de culto. «Aquí hay gato encerrado», parece que dijo un crítico famoso que conocía de sobra la obra de mi tío, mientras que un compañero suyo, general, de la Academia Española trataba de convencerle de que no podía haberlo. Llegaron hombres asustados y otros que no lo estaban tanto. Al fin se bajó el ataúd al coche. Hemingway, Cela, Pérez Ferrero, el editor del tío y otros lo bajaron. Se organizó una comitiva como se pudo, con Val y Vera y conmigo en cabeza. Detrás iba el ministro de Educación, Rubio; una representación de la Academia y gente heteroclita; estudiantes, mujeres, algún obrero. Tras andar un poco fuimos montándonos en autos para ir al

cementerio civil. Hacía un tiempo húmedo, no muy frío; nada de vendavales, cataclismos y desórdenes atmosféricos mayores, como alguien ha dicho y escrito. Llegamos mucha menos gente que la que salió de casa al cementerio civil. Unos jóvenes de San Sebastián traían tierra de Guipúzcoa para la tumba. El recogimiento fue grande en aquella hora. Un ser de los soliviantados, no poco escandalizado por la cosa, decía al salir: «¡Pero si en este cementerio hay cruces!». Se conoce que creía que allí debía de haber figuras diabólicas o cuando menos masónicas. Volví a casa rendido, pero tranquilo, y le dije a don Juan Menéndez que se quedara a comer conmigo. Al final de la comida tuve una llamada telefónica de la parroquia de los Jerónimos. Me preguntaba el párroco en virtud de qué decisión se había hecho aquel entierro en su parroquia. Le contesté con claridad que así como cuando murieron mis padres llamé a un sacerdote porque ellos lo habían dispuesto, en esta ocasión no llamé a ninguno por respetar la voluntad del muerto. La explicación bastó, aunque no a muchos de los que fueron al entierro les pareció que yo había hecho bien. Otros me defendieron: incluso católicos fervientes. Tengo la seguridad de que salvé a mi tío de una gran molestia física y de que sobre su memoria cayeran las ironías de los predicadores, que, como en otros casos, hubieran dicho: «Ahí tenéis en qué terminan las arrogancias de los impíos, las insolencias de los réprobos... Al llegar a la hora de la muerte se les encoge el ánimo y, amedrentados, llaman a la Iglesia, etc., etc.». Esto, sobre ser vulgar, es desagradable.

De otros episodios relacionados con la muerte de mi tío guardo poca memoria. Recuerdo, sí, que cuando le telegrafí a mi hermano a Méjico que había muerto, le puse el telegrama en vasco, porque me pareció más íntimo y expresivo: «Gaur il da». De los periódicos de Madrid, *Arriba* fue el más abundante en información. *ABC* anduvo más parco y cauto. *Ya*, reticente, con un artículo de cierto crítico que consideraba a mi tío como hombre anticuado porque era librepensador, «evolucionista», etc., etc. Es cómica esta convicción de los intelectuales católicos españoles de que las teorías iniciadas por grandes hombres del siglo XIX están «periclitadas», mientras que cualquier lucubración basada en el pensamiento medieval les parece vigente. Lo malo es que a aquel pobre hombre le fueron a pedir cuentas unos estudiantes que estuvieron a punto de utilizar con él el «argumentum baculinum», más medieval sin duda y, por lo tanto, más moderno que la teoría de Darwin. No faltaron otras insidias e incongruencias, porque mientras que un eminente novelista comparaba a mi tío con un oso, un eminente ensayista lo comparaba con un gorrión. El caso es que la casa, su casa, de repente quedó vacía de visitas. Claro es que yo no contaba en aquella orgía de visitas, porque siempre me había escabullido de ellas e incluso había barojianos que creían que yo no pertenecía al grupo casi. Uno de los más doctrinarios, catalán, se llevó del portal los pliegos de las firmas sin contar conmigo. Quería poseer aquel documento quién sabe con qué fines fiscalizadores. Otros pensaron que la tertulia debía de seguir, y que incluso cuando yo no estuviera, la llave del piso debía estar en poder de uno de los contertulios. Yo no dije ni que sí ni que no. Pero muy poco después de muerto el tío cerré la casa y me fui a Málaga a descansar y a ver si recuperaba algo de salud, pues andaba muy mal con una colitis pertinaz y una excitación nerviosa muy grande.

Iba yo a cumplir cuarenta y dos años, y la vida física me fallaba de modo alarmante. La social, también. Pensé en buscar un cambio de postura, como el enfermo cansado de la misma siempre. Más adelante expondré cómo hice el cambio. Ahora quiero contar algunas experiencias distintas que tuve entre la muerte de mi madre y la de mi tío Pío: experiencias mucho más banales, claro es. ■ J. C. B.

© Temis Ediciones